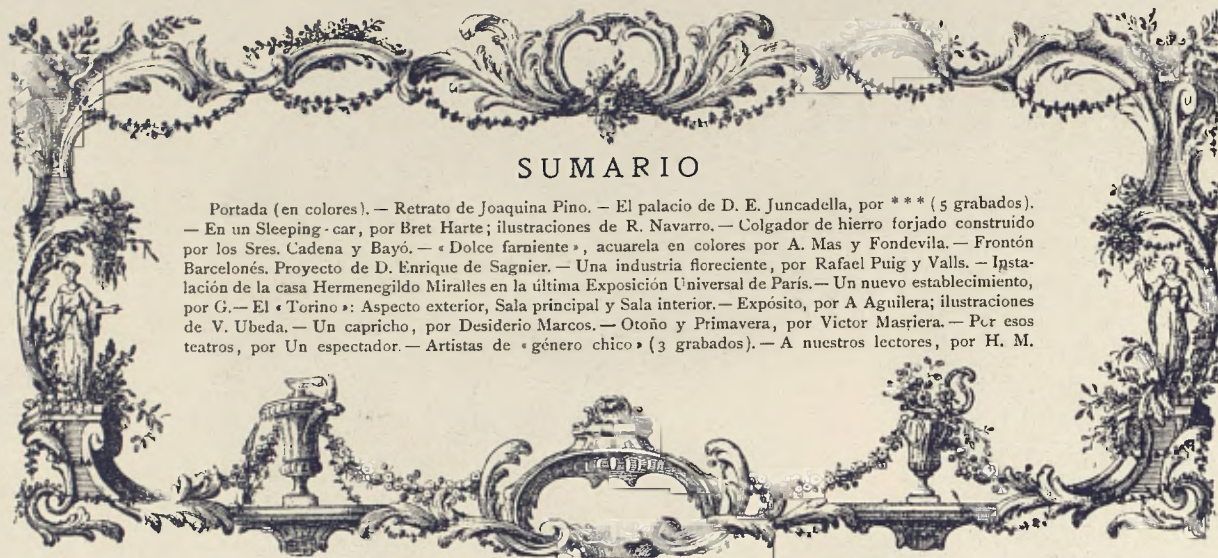


HISPANIA



Número suelto, DOS REALES



SUMARIO

Portada (en colores). — Retrato de Joaquina Pino. — El palacio de D. E. Juncadella, por *** (5 grabados). — En un Sleeping-car, por Bret Harte; ilustraciones de R. Navarro. — Colgador de hierro forjado construido por los Sres. Cadena y Bayó. — «Dolce farniente», acuarela en colores por A. Mas y Fondevila. — Frontón Barcelonés. Proyecto de D. Enrique de Sagnier. — Una industria floreciente, por Rafael Puig y Valls. — Instalación de la casa Hermenegildo Miralles en la última Exposición Universal de París. — Un nuevo establecimiento, por G. — El «Torino»: Aspecto exterior, Sala principal y Sala interior. — Exósito, por A. Aguilera; ilustraciones de V. Ubeda. — Un capricho, por Desiderio Marcos. — Otoño y Primavera, por Victor Masjiera. — Per esos teatros, por Un espectador. — Artistas de «género chico» (3 grabados). — A nuestros lectores, por H. M.



JOAQUINA PINO

El Palacio de don E. Juncadella

EL palacio de don E. Juncadella, recientemente construido en la Rambla de Cataluña, es una verdadera joya, digna en un todo del premio que acaba de concederle el Ayuntamiento en el concurso anual de edificios, establecido de algunos años acá para estímulo de propietarios y arquitectos.

Como podrán ver los lectores de *Hispania* por las reproducciones que publicamos de diversas vistas de tan soberbia construcción, dicho palacio es la obra de un verdadero refinado. Todo el talento, toda la cultura artística del arquitecto señor Sagnier, se manifiestan en cada uno de los detalles, en cada aspecto del conjunto, en cada línea del edificio.

¡Cuán atractiva aparece aquella casa esbelta, primorosa, llena de distinción y elegancia! ¡Y qué belleza la suya, al comparársela con muchas de las que, adocenadas y cursis á pesar de la bondad de sus materiales, figuran en aquella importante vía de nuestra ciudad!

El estilo moderno á que pertenece la obra y la circunstancia de ser ésta destinada á un propietario de exquisito gusto, han permitido al señor Sagnier desenvolver su imaginación portentosa de artista eminente. En cambio su educación artística y su privilegiado temperamento le han guiado en su camino para vencer todo género de dificultades é impedir que cayese en el defecto de extravagancia en que caen ciertos artistas que con-

funden lastimosamente el arte moderno con el mal gusto.

Por eso, sin rebasar jamás los límites de una sobriedad realmente artística ni apelar nunca á recursos extremosos y complicaciones desmedidas que, si seducen al *gros public*, no llegan á convencer á ningún

hombre de mediana ilustración, ha producido un ejemplar de *arquitectura artística* excepcionalmente elegante, harmónica, de una simplicidad sumamente simpática y de una esbeltez altamente atractiva.

Así lo han entendido todos los que han fijado su atención en el palacio y así lo entendió el jurado encargado de premiar los edificios concluidos durante el año al otorgarle el premio, en testimonio del cual fué entregada hace pocos días por el Ayuntamiento al propietario señor Juncadella la placa conmemorativa que, colocada en la fachada del edificio, debe en adelante atestiguar distinción tan honrosa.

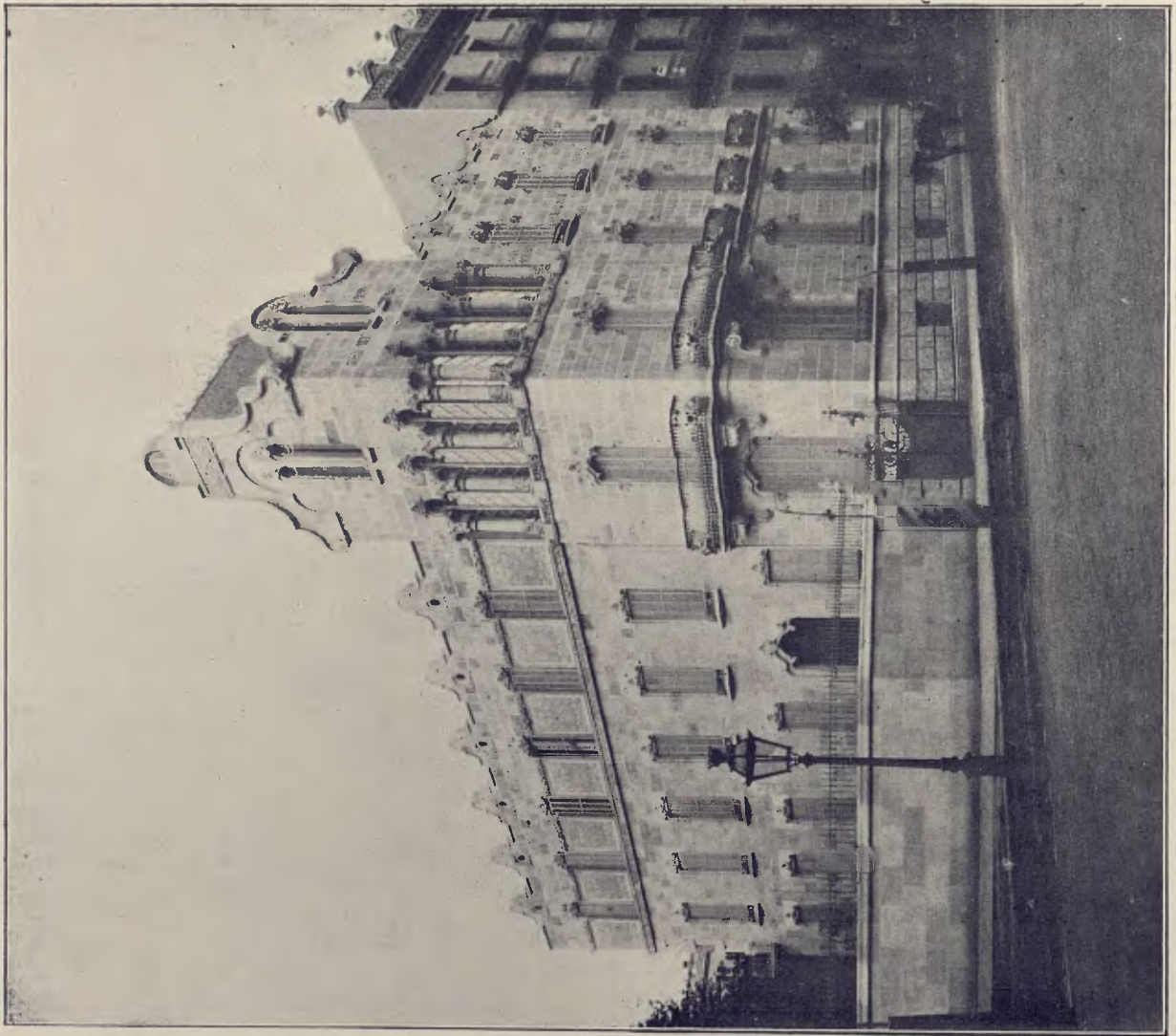
Al testimonio de admiración que con su fallo otorgó el jurado al señor Sagnier, une *Hispania* el suyo, reproduciendo las vistas que acompañan estas líneas y felicitando al mismo tiempo al arquitecto por su obra.

* * *

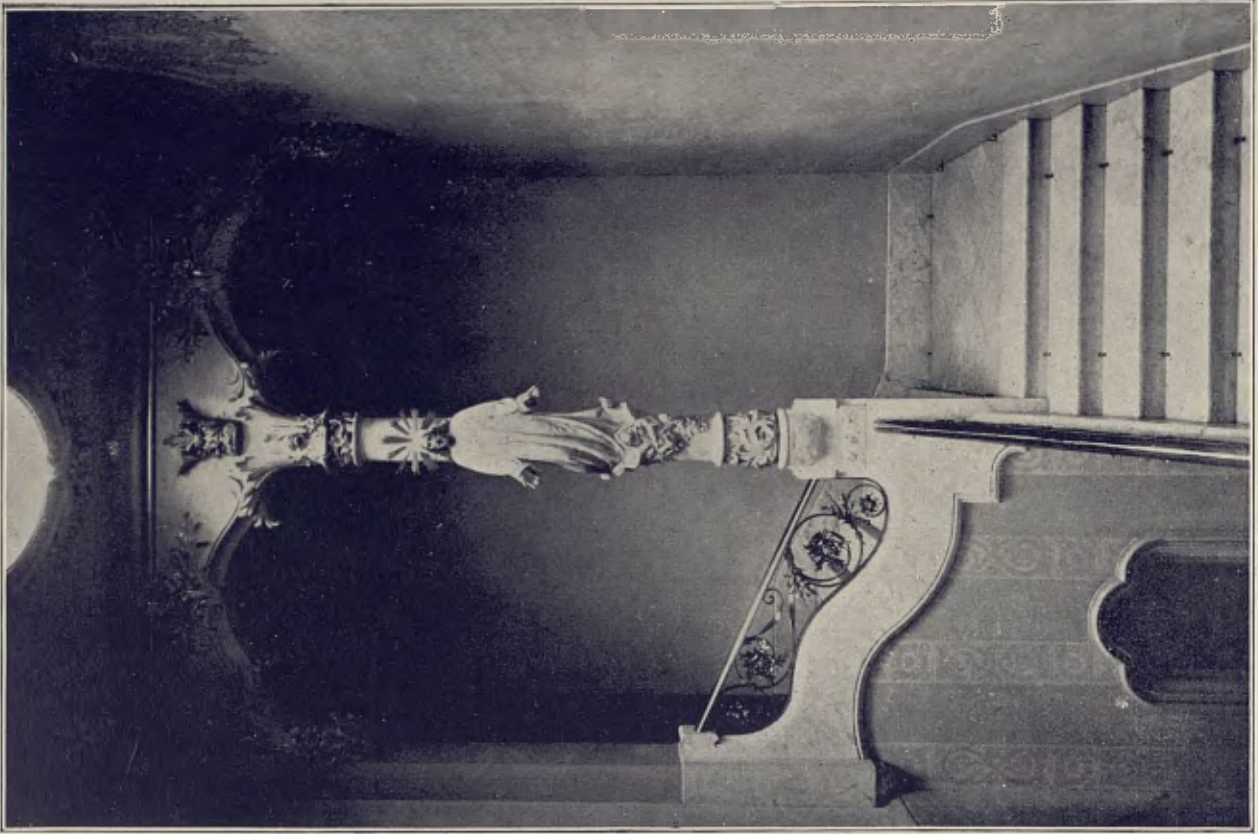


Puerta de entrada del Palacio de don E. Juncadella
Arquitecto: DON ENRIQUE DE SAGNIER

PALACIO DE D. E. JUNCADILLA EN LA RAMBLA DE CATALUÑA



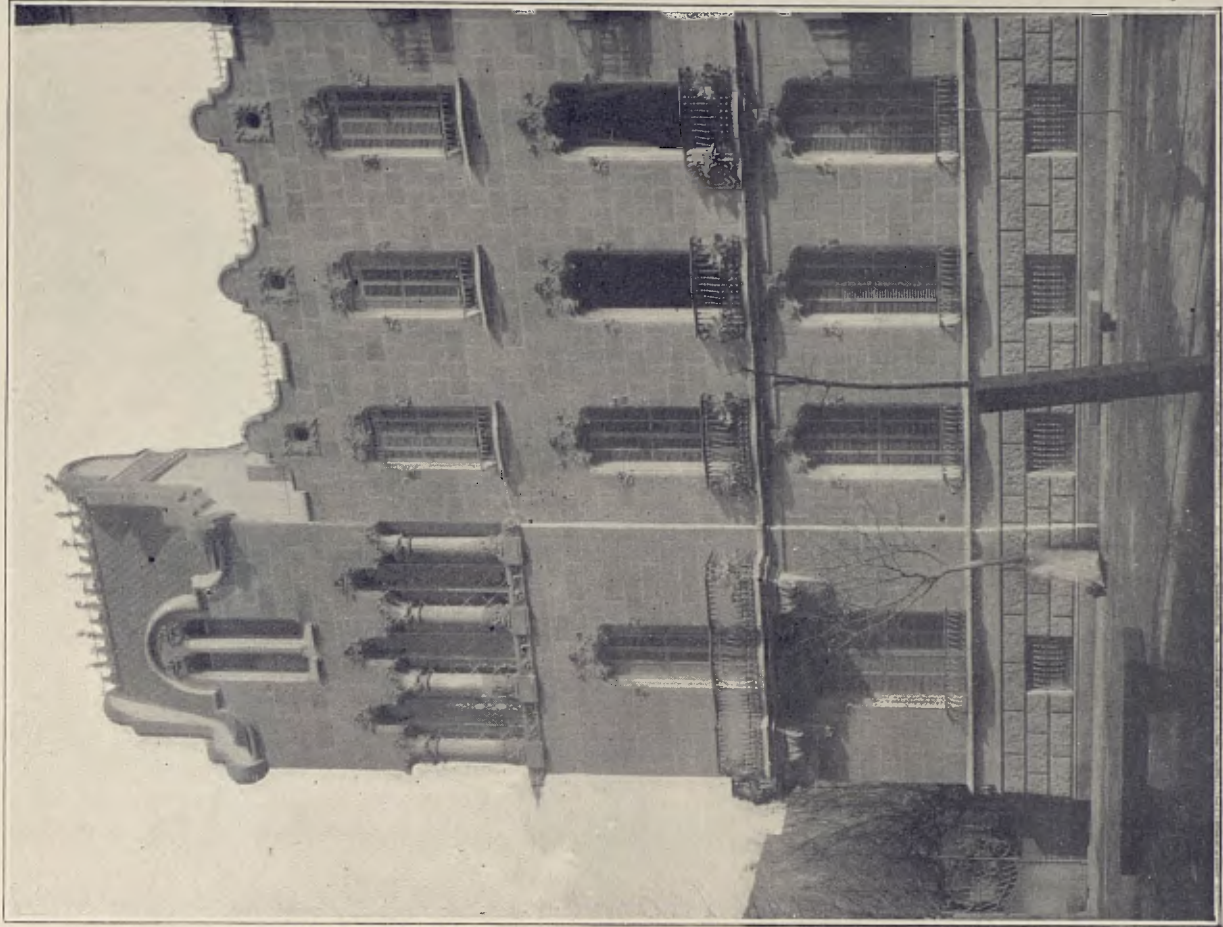
Vista general



Escalera. — Parte alta

Arquitecto : Don Enrique de Sagnier

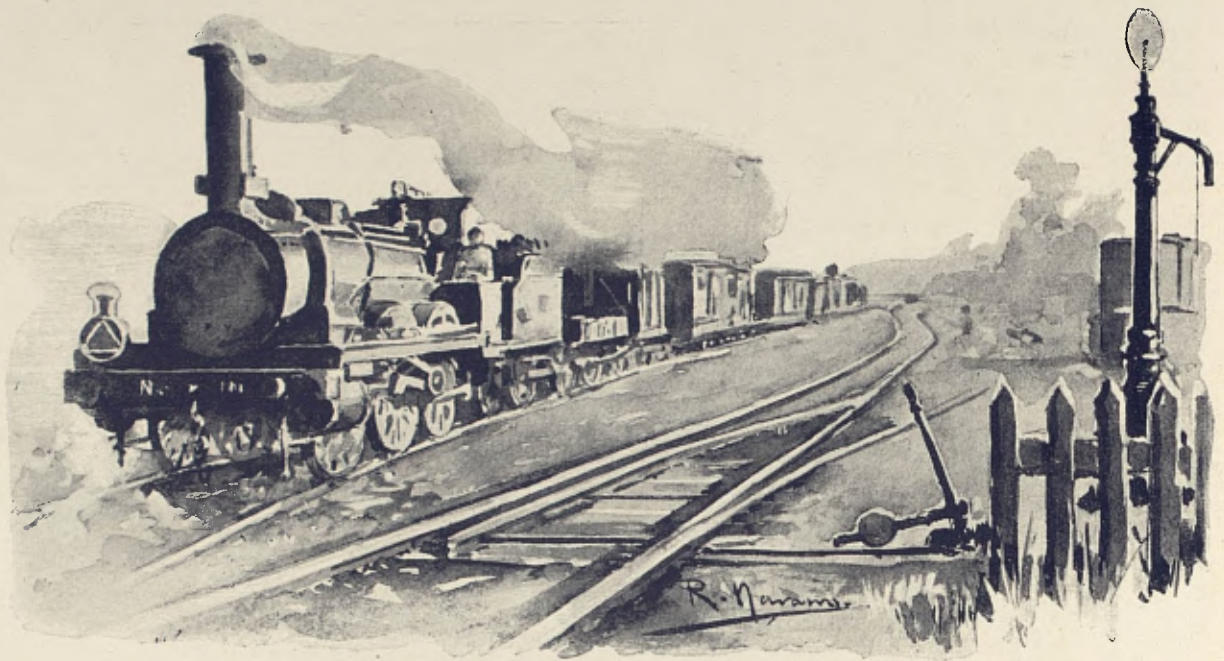
PALACIO DE D. E. JUNCADELLA



Fachada principal



Escalera. — Planta baja



EN UN SLEEPING-CAR

Lo que voy á referir ocurrió en el *sleeping-car*, sistema Pullman, que circulaba por una línea del Oeste. Después de aquella primera entrada en lo inconsciente que hace el viajero fatigado al echarse en su cama, me desperté para observar con verdadero asombro que habfa dormido apenas dos horas. Una larga noche de invierno fijaba en mí su cóncava mirada.

Era imposible el dormir, y permanecí allí, echado boca arriba, pensando en un sinnúmero de cosas, y preguntándome, por ejemplo, qué razón había para que las sábanas del *sleeping-car* no se pareciesen á las otras que yo conocía; por qué son á cuadritos iguales como el adorno de ciertos pasteles; por qué resbalan cada vez que uno se mueve; por qué pesan tanto y no calientan aún estando quietos; por qué las cortinas de la cama, en vez de tener un espesor sofocante, son solamente opacas, y por qué se acuesta uno despierto en un *sleeping-car*, cuando sería mucho más fácil dormir sentado en un coche ordinario.

Hay que advertir que los ronquidos de mis compañeros de viaje contestaban á esta pregunta mía más pronto de lo que yo quería.

La comida del día anterior me pesaba en el estómago aun más que la cubierta de la cama. Sin duda esto me condujo á preguntarme por qué razón en todo cuanto abarca el nuevo continente no se ha descubierto ni un solo plato local; por qué la lista de todos los comedores es siempre la misma, es decir, una pálida copia de las listas de la metrópoli; por qué los platos que en ellas figuran son siempre idénticos y sólo difieren en el grado de inca-

pacidad de sus autores; por qué un viajero americano ha de comer quiera ó no quiera pavo y salsa fría de arándanos; por qué la linda muchacha que os sirve en la mesa baraja los platos como si fueran naipes y los pasa agitándolos como un abanico por vuestras espaldas, y por qué, después de haber cumplido estrictamente con su deber, se bate en retirada y reclinándose sobre la pared os mira desdeñosamente como diciéndoos:

—Elegante caballero, aun cuando no soy una señorita, tengo mis puntas y ribetes de orgullo. Si por acaso creéis que he de consentiros familiaridades, estáis muy equivocado.

Y al acordarme de esto empecé á pensar con terror en el almuerzo del día siguiente, á extrañarme de que el jamón de las fondas esté siempre cortado con el grueso de media pulgada y de que los huevos al plato presenten siempre el aspecto de dos ojos de vidrio que fijan en el convidado una mirada diabólica, prometiéndole un ataque de gastralgia.

Otra cosa: ¿por qué razón los pasteles calientes que sólo deben comerse después de cierta premeditación y preparación artística, los sirven un minuto antes de la marcha del tren?

Al llegar á este punto me acordé de pronto, como si le viese, de un viajero que había encontrado la solución al problema. Era en el comedor de no sé qué estación de Illinois. Al gritar: « ¡ Señores viajeros al tren, que va á marchar !, » se levantó de un modo frenético, guardó en un pañuelo á cuadros encarnados su ración de pastel, se

metió en el compartimiento de los fumadores y allí lo saboreó á sus anchas mientras el tren corría.

Sonando así, con los ojos abiertos, no podía menos de recoger ciertas observaciones que se le escapaban fatalmente al que viaja de día.

Y entonces observé con extrañeza que la velocidad del tren no es siempre la misma. Unas veces la locomotora acelera el paso y parece como que diga á los carruajes que la siguen:

— ¡Vaya, vaya! esto no puede continuar así... Ya son las dos y media... ¿ Como queréis que lleguemos á la hora reglamentaria?... Os digo que no tengo ganas de conversación... ¡ Pooh! ¡ Pooh!

Todo esto, extendido sobre ese ritmo maquinal que fija la imaginación del viajero en un tren en marcha. Por ejemplo: una noche, viajando, acababa yo de levantar la cortina del ventanillo para contemplar el paisaje de nieve que atravesábamos, alumbrado por la luna. En el momento en que la volví á bajar me vino á la memoria una canción popular. ¡Qué desgracia! El tren se apoderó de ella y toda la noche fui martirizado por la siguiente estúpida tonadilla:

— ¡Baja la cortina!... ¡Baja la cortina!... ¡Yo hago *clinch... clinch!*... y después ¡*Sooo!* ¡*Sooo!*...

Como es natural, no sucede lo mismo en todas las líneas de ferrocarriles. En el *New-York-Central*, donde la vía está perfectamente sentada, he oído á un tren irreverente modificar en la siguiente forma, un canto alegre:

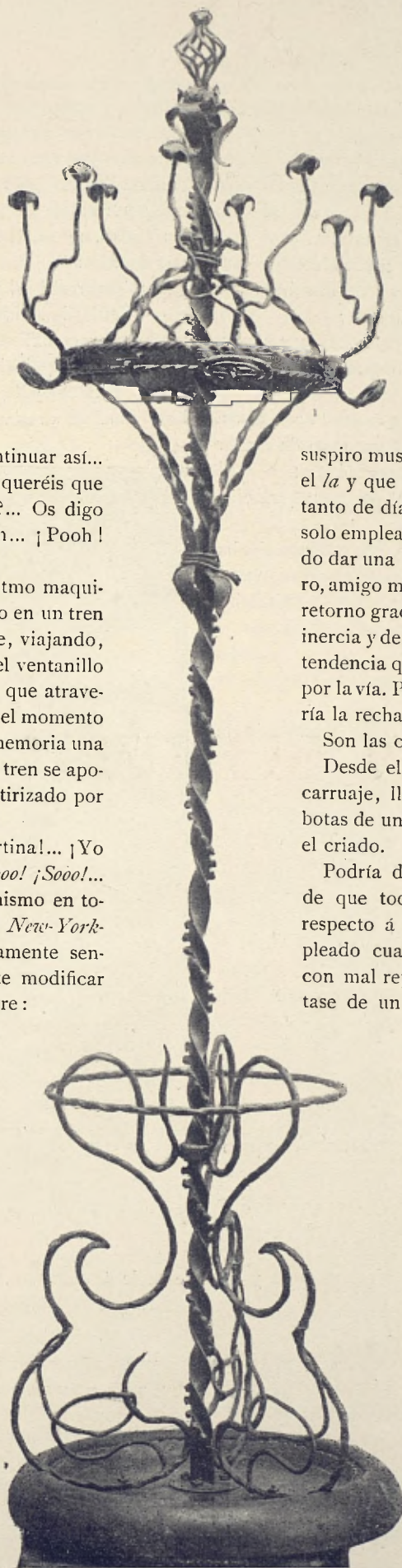
— ¡Id con cuidado que soy Sankey!... ¡Aun puede Moodí dar vueltas á su honda!... (1) ¡Blandid las espadas!... ¡*Clinqui... clinqui... clanch!*

En la línea de Nueva-York á Newhaven, donde hay muchas agujas y la máquina silba constantemente, por que constantemente tiene que cruzar pasos á nivel, he oído varias veces:

— ¡Tomás, ábrele paso á esta flecha!... ¡Gritemos otra vez!... ¡*Bumpity, bumpity, bumpity!*... ¡*Traca-trac, traca-trac... pam!*

Hasta tiene poesía el asunto. En la línea de Quebec, una noche estrellada que atravesábamos un bosque virgen, me acordé de los primeros versos de *Evangelina*. Pues, á pesar de mi afición,

(1) Sankey y Moody eran dos cantores populares en los Estados Unidos.



Colgador de hierro forjado
construido por los señores Cadena y Bayó

no pude decir más que lo siguiente:

« Es la selva primitiva... »

¡ tiva, tiva!

« Llena de pinos y de cicuta »

¡ cuta, cuta!

Y era el maldito tren quien hacía el eco, dándole al metro cierta incoherencia.

Hay un canto particular, eólico, que se prolonga de un coche á otro cada vez que se detiene el tren después de una carrera larga. Es como un suspiro de inefable consuelo, un

suspiro musical que empieza en el *mi* y acaba en el *la* y que todos los viajeros pueden observar tanto de día como de noche. No ha habido ni un solo empleado de ferrocarriles que me haya podido dar una explicación satisfactoria. Un ingeniero, amigo mío, dice que este fenómeno se debe al retorno gradual de todos los wagones al estado de inercia y de aplomo sobre sus ejes, no obstante la tendencia que conservan á separarse para correr por la vía. Pero estoy bien seguro de que esta teoría la rechazará con desdén toda alma poética.

Son las cuatro.

Desde el lavabo, situado en un extremo del carruaje, llega un débil ruido del roce con las botas de un cepillo discretamente manejado por el criado.

Podría dirigirle la palabra, pero me acuerdo de que toda tentativa de este género tanto respecto á un criado como respecto á un empleado cualquiera de ferrocarriles, se rechaza con mal reprimida indignación, como si se tratase de un ataque á la fidelidad que se debe

á la compañía. Una vez quise hacerle comprender á un revisor que era una insensatez el entrar de noche en los compartimientos para taladrar los billetes, y me sucedió que á poco más me toman por un loco que se ha escapado del manicomio.

No tengo por qué decir que no hay ni la más leve esperanza de escapar á aquella intolerable y fastidiosa investigación.

Levantemos la persiana y miremos el campo. Estamos delante de una casa. En el granero se ve luz. Sin duda es la de un labrador que se levanta... ¡ No me equivoco! En el horizonte se dibuja una débil cinta de color de rosa... Es el alba que asoma... ¡Gracias á Dios!

Acabamos de entrar en el apartadero de una estación. Suben dos hombres y toman asiento en la

única sección del coche que no está ocupada ni se ha transformado en cama.

Bostezan de vez en cuando y cruzan algunas lánguidas palabras como para darse cuenta de que aun tienen conciencia de sí mismos. Sentados el uno frente al otro echan una mirada distraída por la ventanilla, y os producen la vaga impresión de dos seres profundamente cansados ya de verse juntos. Cuando asomo la cabeza por entre las cortinas para verles, dice el *Uno* :

—Pues bien, créame V. ó no me crea, hay que convenir en que en sus tiempos no hubo ningún contratista de entierros más popular que él...

El *Otro*, viéndose obligado á hablar, contesta con cierta buena educación indolente, como el que trata de mudar la conversación, á falta de respuesta apropiada :

—Pero, en fin, ese contratista de entierros, ¿era cristiano?... ¿iba á la iglesia?

—De eso sé tanto como usted, pero creo que practicaba la religión... No hay que negar que tenía convicciones... y casi me atrevería á asegurarlo... El doctor Wylie se las había inculcado... Así, al menos, se explica el asunto.

Aquí un silencio largo y mortal.

El *Otro*, como comprendiendo que había llegado la oportunidad de decir algo :

—Pero, ¿por qué era tan popular como empresario de entierros?

El *Uno* con cierto abandono :

—Le diré á usted, su principal éxito lo obtuvo entre los viudos. Tenía su manera especial de consolarles tapando por aquí ó tapando por allá. Con unos cuantos versículos de la Biblia todo lo arreglaba, y si no, echaba mano de algunas sentencias suyas, como hombre de experiencia que ha conocido el dolor... Por lo que á él atañe dicen... (*en voz baja*), como usted puede suponer yo nada afirmo... dicen que se le han muerto tres mujeres y cinco niños de esa enfermedad nueva que se llama... ¿cómo se llama?... la difteria... y que se le murieron allá en Wisconsin... No es esto decir que yo lo haya visto... pero las gentes lo cuentan.

—¿Pero cómo ha perdido su popularidad?

—Ese es el asunto, precisamente. Como usted comprenderá, él había introducido algunas novedades en su arte, empezando, por ejemplo, por manipular, según sus propias palabras, en el rostro del difunto.

—¿Cómo? ¿manipular?...

El *Uno*, como asaltado por una idea luminosa y con tono casi agresivo :

—Vamos, sea usted franco. ¿No ha visto usted nunca que, generalmente hablando, los cadáveres presentan una cara muy repulsiva?

El *Otro*, al parar mientes en esta circunstancia, no tuvo más remedio que afirmar.

El *Uno*, volviendo á su idea:

—Por ejemplo, voy á citarle á usted á María Peebles, hija de la amiga más íntima de mi mujer, la cual era tan bonita como buena. Murió de una fiebre escarlatina... y la pobre niña... Yo estuve en el entierro, ni más ni menos que por la amistad de mi mujer y porque me ofrecieron una cinta del féretro... Pues, como iba diciendo, á la pobre

niña la colocaron en un coche de los mejores, que lo habían traído expresamente de Chicago, todo lleno de flores y de adornos que ya no cabían más... No soy yo quien debiera decirlo, pero, la verdad, no hacía gozo... Por más que yo era amigo de la familia y uno de los que llevaban las cintas, me sentía al verla desconsolado, disgustado, por decirlo así.

—¡Comprendido! ¡comprendido!...

—¿Verdad?... Pues bien, ese empresario, ese Wilkins, tenía un procedimiento para remediar esto... Un procedimiento de manipulación. Trabajaba la fisonomía del muerto, la modelaba y llegaba á producir lo que las familias de luto llamaban un *aire de resignación*, como quien dice, una



especie de sonrisa... Y cuando sabía que no era difícil añadir un suplemento á la factura, un *extra* como se dice en lenguaje comercial—porque eso sí, tenía una tarifa para su trabajo—entonces producía lo que llamaba él *la esperanza del cristiano*.

—En ese terreno, ya sabe usted que me gusta ver las cosas personalmente.

—¡Oh! ¡Cuando yo le digo á usted que era muy singular! Aquí entre nosotros (*de una manera confidencial*) siempre he dicho que tenía mis dudas respecto á si todo esto era muy ortodoxo y si estaba ó no conforme con las Escrituras; porque, en fin, ¿verdad que nosotros no somos más que polvo? Un día consulté á mi pastor, pero él creyó que no debía mezclarse en el asunto mientras éste no

saliese del círculo de las verdades cristianas. Hace poco, sin embargo, cuando murió Cy Dunham... ¿Le conocía usted?...

Largo y prolongado silencio. El *Otro* miraba por la ventanilla como quien se ha olvidado de su compañero.

En el mismo momento en que yo asomaba la cabeza entre las cortinas, ví al nivel de las otras camas otras cuatro cabezas igualmente impacientes por conocer el fin de la historia. Uno de aquellos rostros, que por cierto era femenino, desapareció precipitadamente al ver el mío, pero en el temblor de la cortina con que se cubría, adivinábase lo despierto que estaba su interés.

Solos en el compartimiento el *Uno* y el *Otro*, parecían ya completamente indiferentes al asunto.

Por fin el *Otro*, dejando de contemplar el paisaje, preguntó :

— ¿Qué decía usted de Cy Dunham ?

— Pues decía, que era un hombre que nunca tuvo fe. Se burlaba de todo de un modo atroz y hasta se mostraba poco delicado en sus bromas. Era una especie de hijo pródigo y aun algo peor, si hay que juzgar por lo que me han dicho .. Pues bien, un día Cy Dunham, cayó desde lo alto de la Roca Pequeña y su cuerpo fué á parar á manos del contratista... La familia era rica y no omitió gasto en los funerales... Y, ahora, hablando entre nosotros, le diré á usted que el resultado fué completo y como yo no he visto otro. Wilkins manejó por vez primera su *extra*, y puso en el rostro del hijo pródigo su procedimiento número uno, *la esperanza del cristiano*... Y esta fué precisamente la base del litigio. Muchas personas de la parroquia y hasta el mismo pastor, creyeron que todas las cosas deben tener su límite. En fin, en casa de Tibbet, el deán, hubo una consulta sobre el particular... A pesar de todo no fué esto tampoco lo que le hizo impopular.

Nuevo silencio. En la fisonomía del *Otro* nada revelaba el más pequeño deseo de saber qué era lo que había labrado la impopularidad del empresario de entierros. Sin embargo, por entre las cortinas de todas las camas asomaban rostros ansiosos, algunos hasta irritados, que esperaban con impaciencia la conclusión.

El *Otro*, volviendo perezosamente á la conversación :

— ¿ Y qué le hizo impopular ?

— Creo que el *extra*... Y digo creo, porque no me atrevo á afirmarlo... Cuando mistress Widdecombe perdió á su esposo, hará como tres meses, aun cuando ella ha-

bía atravesado ya dos veces el valle del luto, supuesto que era éste su tercer marido... Recordará usted que el primero lo fué Juan Barker...

— ¿ Se burla usted ?

— ¡ Lo juraría hasta delante de Dios! Era viuda de Barker.

— ¡ Me extraña mucho!

— Pues bien, esta viuda Widdecombe, quiso arreglar de la mejor manera posible todo lo referente á su tercer difunto. Llamó á Wilkins y éste se puso á trabajar desplegando todos los recursos de su arte... Desgraciadamente, y casi podría decir por fortuna, pues tales son las vías de la Providencia, hed aquí que un antiguo amigo mío de Widdecombe, que ejercía la medicina en Chicago, vino a asistir al entierro. Cuando le tocó el turno para darle su último adiós al muerto, pudo ver como aseguraba todo el mundo, que aquél parecía dormido con una sonrisa celestial, como quien espera la recompensa de sus virtudes. La viuda acababa de sentarse en su sitio, encantada, como toda mujer, de las alabanzas que les dirigían á ella y al difunto. De repente volviósse el médico y le preguntó :

— ¿ De qué dice usted que ha muerto su marido, señora ?

— De tisis. ¡ Angel de mi corazón !, contestó ella enjugándose los ojos. De tisis galopante.

— ¡ Qué tisis ni qué niño muerto!, exclamó sin pudor y con la ignorancia de un médico de Chicago. Ha muerto de una dosis de estricnina, y si no mirad esa *facies*. ¡ Vea usted esa contorsión de los músculos labiales! Ha muerto de estricnina y esa es su *risus sardonicus*... Creo que esto es lo que dijo aquel malvado.

— Pero no, doctor, contestó dulcemente la viuda ; si esa es su última sonrisa, *la resignación del cristiano*.

— ¡ Váyanse usted y la resignación allá al infierno! ¡ En el estómago es donde tiene esa resignación!... Le han dado un veneno y ahora mismo voy... Pero, ¡ calle usted!... Ya hemos llegado á la estación... ¿ Quién diría que llevábamos ya una hora de camino ?...

Dos ó tres viajeros, contrariados y sacando el cuerpo de la cama, gritaron :

— ¡ Un momento !... Diga usted, caballero... Respetable anciano... ¿ Y cómo acabó eso ?...

Pero el *Uno* y el *Otro* se habían apeado ya y estaban muy lejos.

BRET HARTE



MAS Y FONDEVILA • DOLCE FAR NIENTE • Ilustraciones de R. NAVARRO



FRONTÓN BARCELONÉS.—PROYECTO DEL ARQUITECTO D. ENRIQUE DE SAGNIER

UNA INDUSTRIA FLORECIENTE

LA riqueza, desigualmente repartida y cada vez con más irritante proporción ostentada, ha despertado de tal manera el ansia de goce, que el lujo y el desenvolvimiento de las artes suntuarias han alcanzado ya, en las sociedades modernas, proporciones verdaderamente aterradoras.

Ante ese afán de todas las clases y condiciones sociales, el industrial inteligente ha meditado y tratado de resolver un problema, tan fácil de plantear como difícil de resolver: ¿cómo es posible, con los recursos industriales de estos tiempos, poner el lujo al alcance de todas las fortunas? ó lo que es lo mismo: ¿qué procedimientos y qué recursos ha de emplear el industrial inteligente para que los que no pueden aplicar la piedra de sillería, la mayólica y la cerámica, las maderas finas y los hierros artísticos á la construcción, por ser demasiado caros, puedan, mediante una ficción ó un procedimiento industrial, conseguir el goce de un decorado ostentoso, sin que traspase el gasto posible de una fortuna modesta?

La última Exposición de París presentó resuelto el problema, en tan vasta escala, que tienta la pluma el estudio de lo que parece ya una dificultad en apariencia fácilmente vencida, siendo un vistoso ejemplar de lo que en este ramo industrial pudo estudiarse en aquel Certamen, la hermosa instalación hecha por Don Hermenegildo Miralles, en el Anexo grande de España situado en el Campo de Marte y junto á la Avenida de Suffren.

Y tienta mi pluma dicha instalación, porque, mereciendo figurar, en mi concepto, entre lo más vistoso, más artístico, dentro de lo que se entiende por arte industrial, más económico y de más fácil aplicación entre lo instalado, en su género, en la Exposición, estuvo á pique de ser preterida y de no alcanzar, quizá por ser española, la resonancia y el merecimiento que ganó en buena lid y ante el Jurado, al otorgarle dos de sus más valiosas recompensas.

Montada la instalación con gusto y discernimiento, el visitante no podía menos que extasiarse ante un ejemplar reducido del patio de los Leones de la Alhambra de Granada, finamente moldeada, con sus arcos en herradura, sus filigranas y colores, sus alicatados azulejos, todo lo que da idea exacta de una maravilla que es obra portentosa de la España árabe y de los grandes califas que la gobernaron.

En el interior figuraba el elemento decorativo, que no aspira al atractivo de lo que impresiona por su forma y color, sino á lo práctico, á lo que exige cada día la construcción moderna, en salas decoradas con

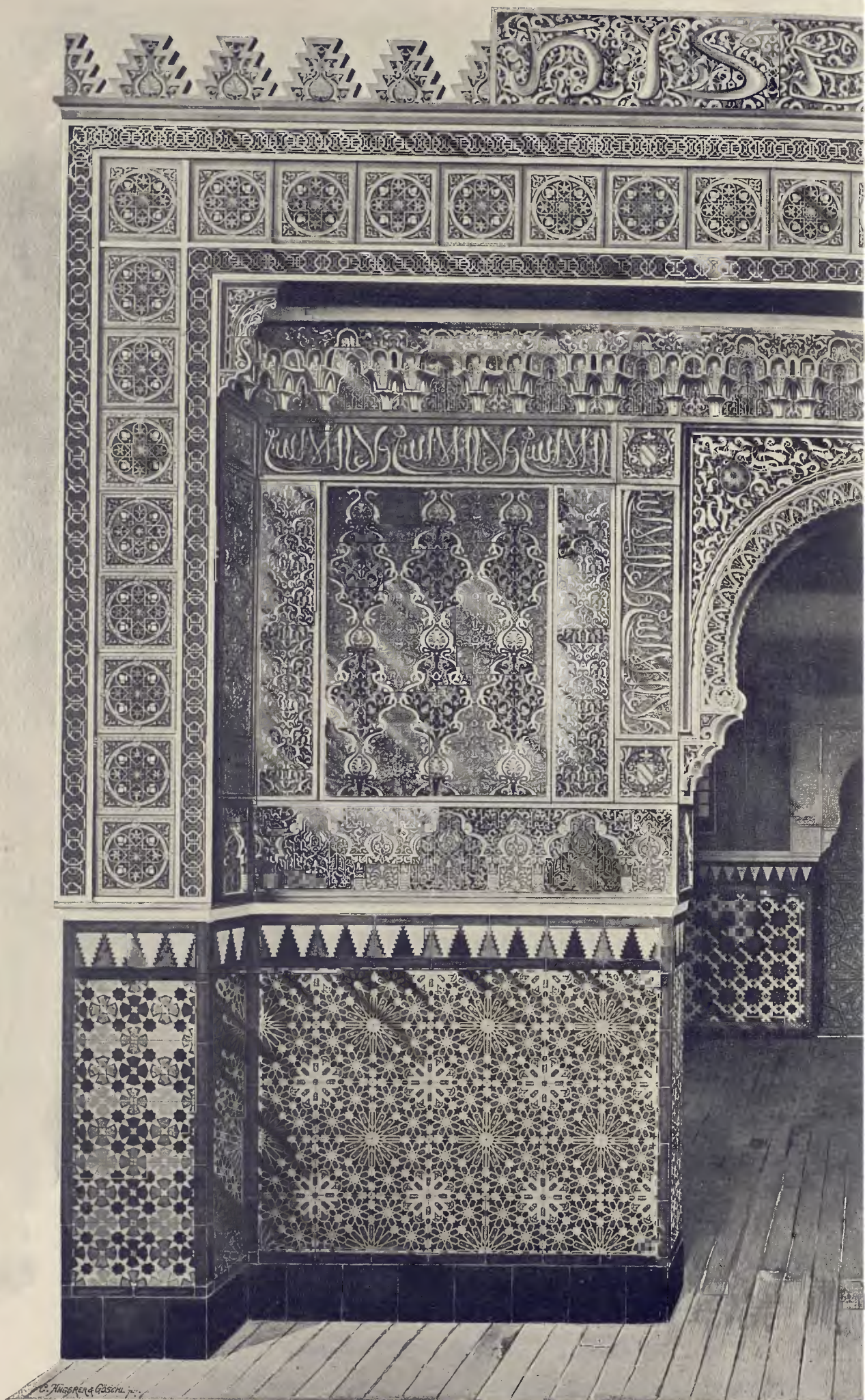
frisos que imitan mayólicas, arrimaderos que parecen de nogal, plafones que ofrecen las veteaduras y colores del arce sicomoro, y bajos relieves que recuerdan á grandes rasgos las fantasías modernistas que apasionan á la juventud del día. En otro paramento lateral, el Renacimiento, con sus figuras y dibujos primorosos de hojarasca, flores y frutos, imitando frisos de talla, plafones de mayólica y bronce, con puertas que completaban la decoración, ilusionaban al visitante y le daban idea exacta de la flexibilidad, si así puede decirse, que ofrece la materia empleada por el señor Miralles como elemento decorativo, para emplearse en toda clase de edificios, aun en aquellos en que los recursos del constructor sean lo suficientemente cuantiosos para decorar las habitaciones con materiales más ricos, pero no menos ostentosos, que los ofrecidos á la curiosidad de las gentes por Don Hermenegildo Miralles, de Barcelona, en la Exposición de París.

El secreto, si secreto hay, es fácil de descubrir: en el centro del salón que formaba la instalación Miralles, y sobre una mesa, el visitante podía examinar minuciosamente parte de los elementos decorativos que necesita el constructor en los paramentos que quiere adornar, y de este examen, por somero que fuese, se deducía que el material empleado por el expositor no era más que una pasta celulosa, un cartón comprimido que, por un procedimiento que no conozco, convierte en masa impermeable, ligera, mal conductora del sonido y del calor, fácil de estampar por procedimientos conocidos de prensas más ó menos poderosas y fácil de adornar, pintar y dorar con arreglo al gusto del arquitecto ó del dueño con todas las fantasías de los árabes, los finos dibujos del Renacimiento, y las osadías más ó menos acertadas del modernismo.

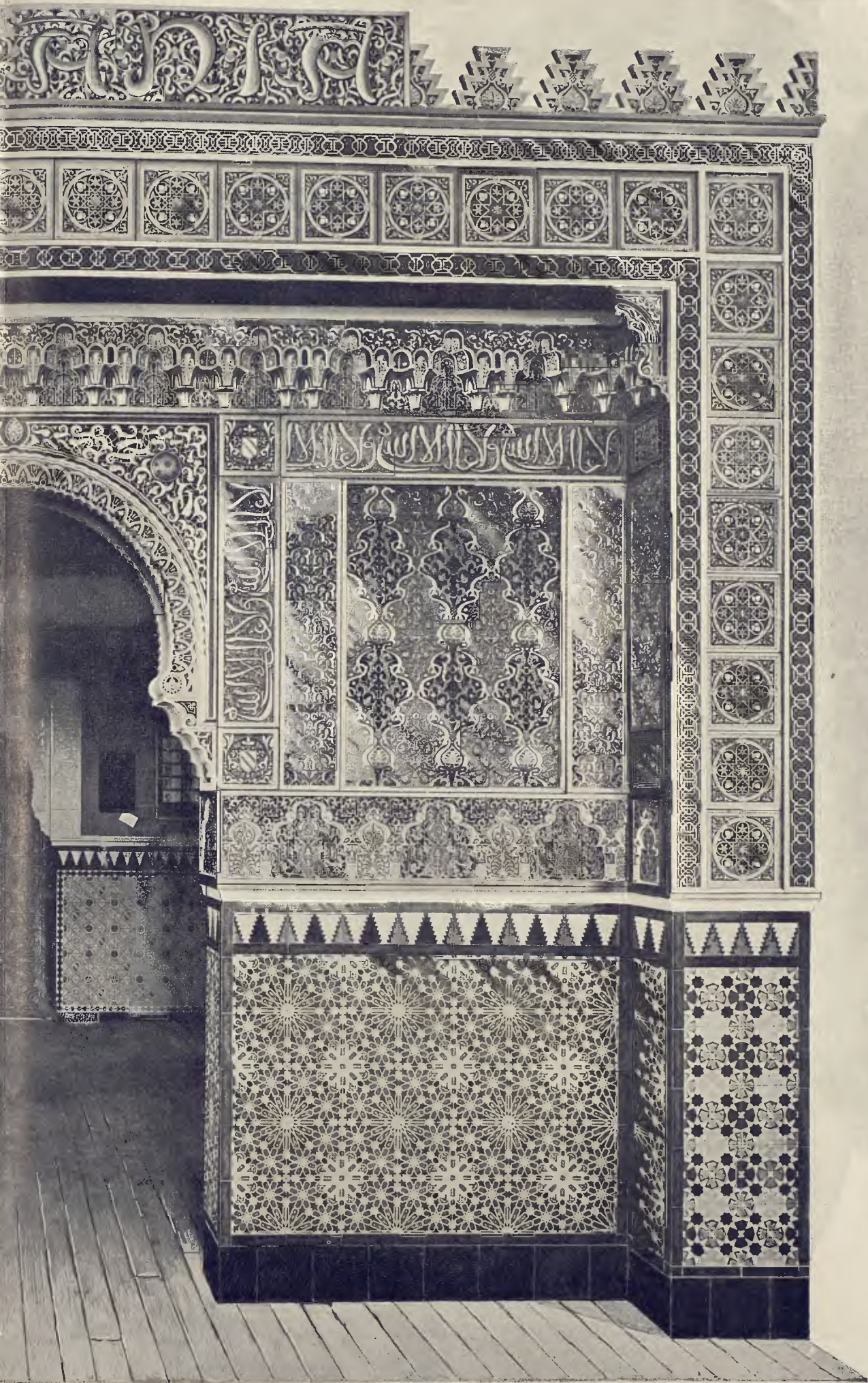
A un material tan ligero, tan fácil de colocar, adornar y amoldar, con extremada baratura, á las exigencias de la vida moderna, como lo probó el señor Miralles en su instalación del Campo de Marte, en París, si se ha hecho impermeable á la humedad, si conduce mal el ruido y el calor, si es barato y resistente, ¿qué duda tiene que el señor Miralles ha resuelto con aquella difícil facilidad de que hablo al principio de este artículo, y con singular fortuna, una parte del problema de ofrecer á las clases medias un recurso decorativo que permite dar gusto á los sentidos con poco gasto, y con toda la perfección de un procedimiento industrial ingenioso y digno de alabanza?

Así supo entenderlo el Jurado al otorgar al señor Miralles dos medallas de oro.

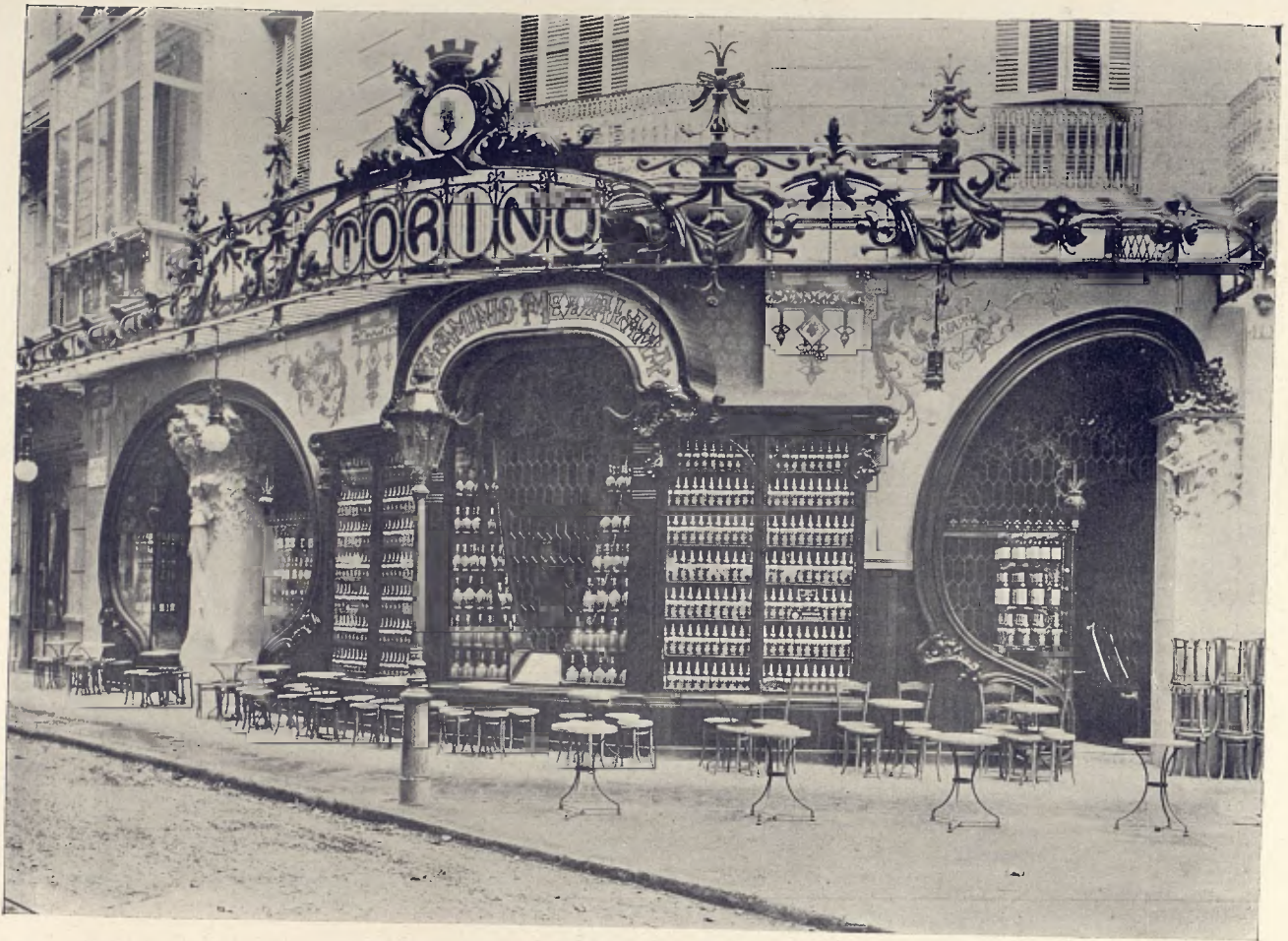
RAFAEL PUIG Y VALLS



Instalación de la casa Hermenegildo Miralles



En la última Exposición Universal de Paris



EL "TORINO".-Aspecto exterior

UN NUEVO ESTABLECIMIENTO

HACE algunos meses que Don Flaminio Mezzalama, representante de la casa Martini y Rossi, de Turin, abrió en la calle de Escudillers con el rótulo de «Torino» un elegante establecimiento destinado al despacho de sus exquisitos vermouths.

La popularidad que alcanzó dicho establecimiento fué extraordinaria, aunque no tanto como la que ha adquirido en el poco tiempo que lleva de estar abierto al público el que ha inaugurado recientemente bajo idéntico título en el aristocrático paseo de Gracia, cruce con la calle de Cortes.

Y es que si aquél fué montado con exquisito gusto, éste le supera, habiendo sido instalado con gran esplendor y lujo.

La dirección en general ha corrido á cargo de don Ricardo Campmany si bien han colaborado otras personalidades con entera independencia. Así la marquesina de hierro es obra del arquitecto don Pedro Falqués y los tapices pintados por los señores Urgell y Ferrater. Grata sorpresa nos han causado los nuevos

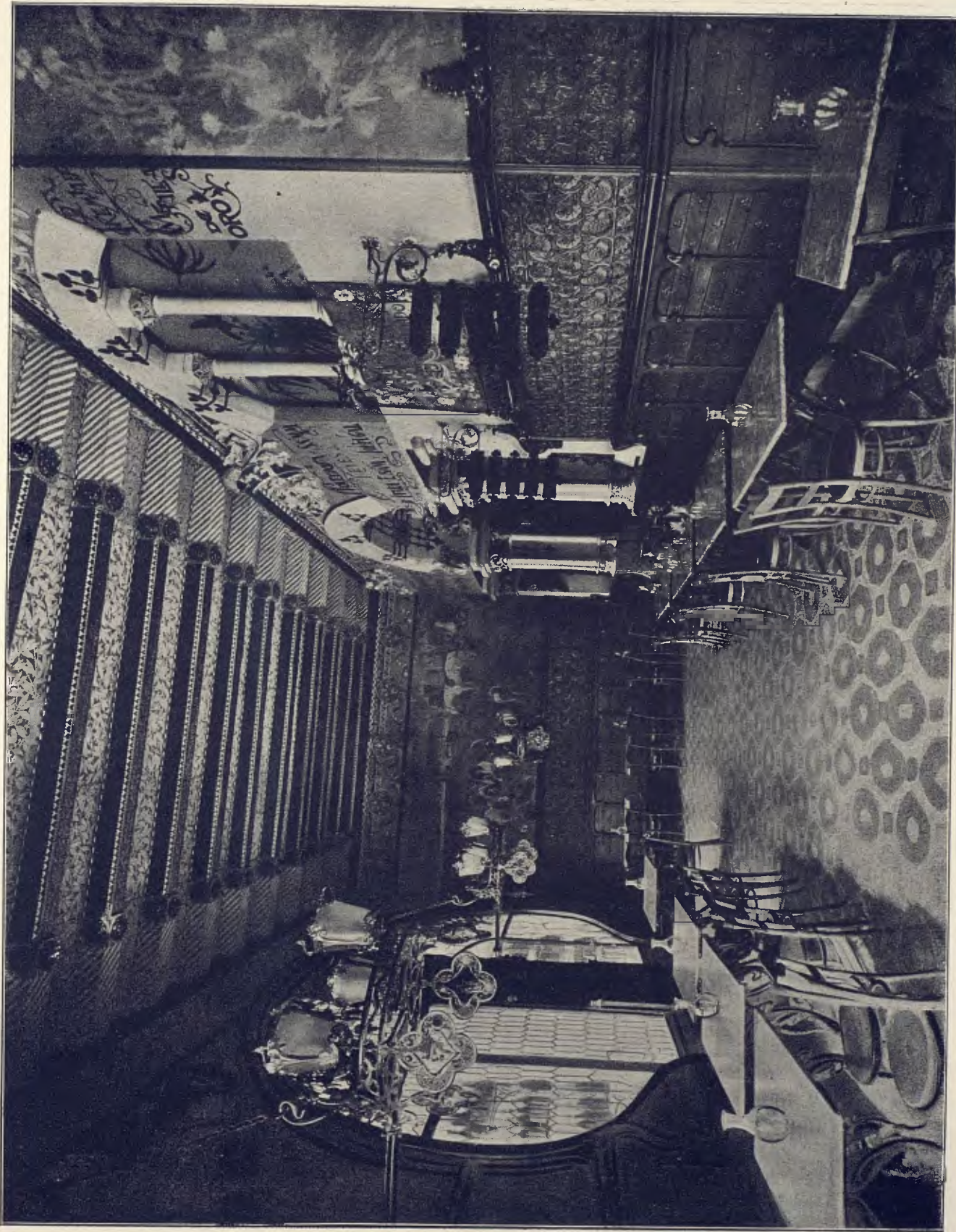
elementos que para la decoración nos presenta la casa de don Hermenegildo Miralles. Conocíamos desde hace tiempo los azulejos cartón piedra invención de dicho señor, pero ahora sus trabajos en maderas, bronce y pastas especiales impermeables, producidos con poderosas máquinas hidráulicas, productos sólidos, de hermoso y rico aspecto que resultan á un precio asequible puesto que se obtienen por medios industriales nos han producido mucho mayor efecto. Por dichos procedimientos se han coseguido los soberbios techos de las dos primeras salas cuyo proyecto es debido al arquitecto don José Puig y Cadafalch, así como también la preciosa sala del fondo que fué proyectada por el arquitecto don Antonio Gaudí.

Todo lo cual combinado con los arrimaderos y talla salidos de los talleres de los señores Calonge é hijos dan al local un aspecto realmente suntuoso.

Sería interminable la lista de tantos y tantos industriales que dando gallarda muestra de su pericia y buen gusto han hecho del Torino un magnífico establecimiento.

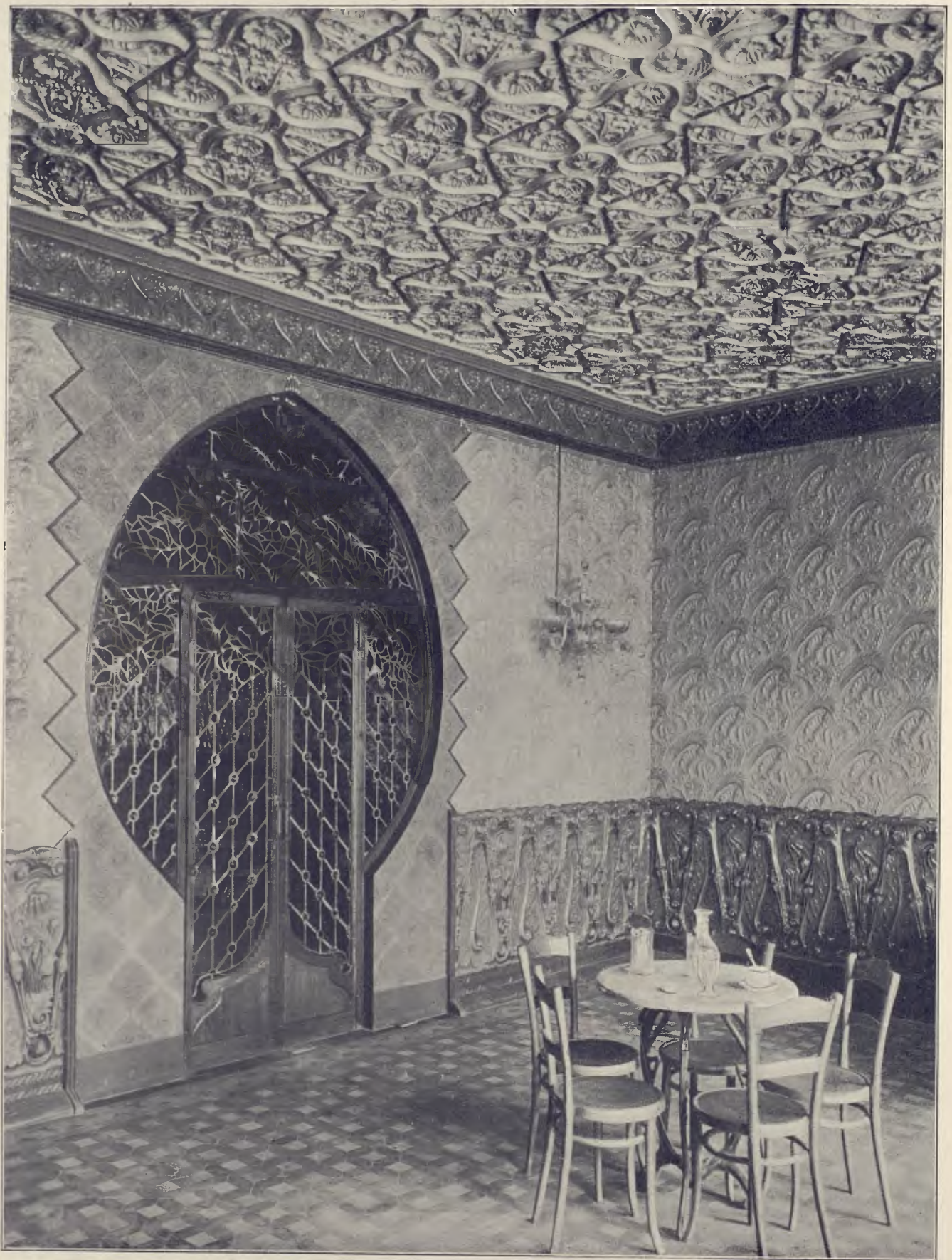
G.

TECHO PROYECTADO POR DON JOSÉ PUIG Y CADAFALCH



EL «TORINO».—Sala principal.—Techo construído con los nuevos elementos de Hermenegildo Miralles

PROYECTO DE DON ANTONIO GAUDÍ



EL «TORINO».—Sala interior.—Construida con los nuevos elementos de Hermenegildo Miralles

EXPÓSITO

MANOLÍN, el mejor aprendiz de carpintero que en su acreditado taller de la calle de Embajadores tenía el famoso *Viruta*— así conocido de la zumbona gente del barrio por su raquítico desarrollo— estaba aquél día— día de difuntos— tan preguntón, que más de una vez había agotado la cariñosa solicitud de su maestra, quien sin saber responder á algunas de sus interrogaciones, le replicaba— ¡Pero, chico, pregunta tú algo! ¡Si paces el señor juez del distrito! ¡Pues ni que estuviás haciendo el atentao, digo el atestao, ó como llamen los papeles á eso que hace la justicia cuando va á descubrir un crimen célebre!

—¿Porqué va la gente á los cementerios? Porqué llevan coronas y velas? Á qué santo dedican tantas misas como se oyen por la mañana? Qué día es para no trabajar y vestirse de riguroso luto? Qué sepulturas pensaba adornar la maestra con tantos cachivaches como tenía preparados para su visita á la sacramental de San Lorenzo? Por qué no le dejaban ir con su maestro? Á quienes debía él dedicar otros recuerdos análogos?

Todas estas y muchas otras preguntas, pero sobre todo la última, de mayor gravedad, importunaban á la maestra, que a duras penas iba satisfaciendo la curiosidad infantil del chicuelo. Pero á la última no quiso contestar, no pudo, mejor dicho, hacerlo, porque ello era tanto como nublarse de allí para siempre la inocente alegría de su espíritu.

Así unicamente cuando, por las sucesivas interrogaciones de Manolín, lógicamente encadenadas por una intuición natural que le arrastraba á la desgracia, se vió reducida á lo que los dialécticos denominan círculo de hierro, no tuvo otro remedio que explicar de pe á pa al desdichado aprendiz la irreparable característica de su vida.

— Sabrás— le dijo la maestra— que sin nuestro cariño te verías á estas fechas desnudo y haraposo, sin casa ni personas que tuvieran por tí cuidado alguno, como esos golfos callejeros que tanta compasión te inspiran.

Hace unos doce años, cuando el maestro, deshauciado de los doctores, curó por milagro de la santísima Paloma de una agudísima pulmonía, ofrecimos á nuestra patrona, además de varias misas y sus arrobos de cera, recoger en nuestra casa y cuidarlo de allí en adelante como hijo verdadero á un chico de la Inclusa; para lo cual así que mejoró *Viruta* nos hizo la correspondiente instancia el señor Juan el municipal, que como sabes es muy versado en letra. Ya que Dios no

se mostró jamás con nosotros generosos, concediéndonos una ambicionada descendencia, quisimos demostrar de ese modo á la Virgen de la Paloma nuestro agradecimiento por la salud de Antonio, librando de las garras de la miseria, y quizás luego de la deshonra, á uno de los innumerables desdichados arrojados por amores cobardes al tesoro del olvido. Y tu, Manolín, que ya no eres nuestro recogido sino nuestro propio hijo, porque tus virtudes y nobleza de corazón y sentimientos han conquistado para siempre nuestro cariño, eres el objeto sagrado de aquella promesa.

— Por eso ninguna obligación para con los muertos te corresponde en este triste día en que todos recordamos á los padres y parientes fallecidos. ¿Quién sabe si los tendrás vivos ó muertos, paseando en coche una feliz existencia ó expiando merecidamente en la miseria su criminal abandono?

... Tú no tienes almas porque rezar, ni tumbas que adornar de flores y librar de las inclemencias del tiempo, ni recuerdos que ennegrezcan tu memoria de color de rosa ni apesadumbren tu imaginación preñada de esperanzas. Hoy eres, quizás, uno de los pocos seres felices. Cuando todos lloran, puedes tú reír con desembarazo; cuando todos rezamos, divertirte sin faltar á deber alguno; en tanto que nosotros visitamos la mansión más triste, bailar y saltar á tus anchas sin que la conciencia recrimine tus acciones.

... Y no te apures Manolín. Ya que se ha empeñado tu infantil curiosidad en conocer todos los detalles de tu desdicha, que no te sirva esto de desconsuelo. Si los tuyos te abandonaron, otros, á quienes la Providencia no concedió tantos favores, te han servido y servirán hasta su muerte de padres verdaderos. En nosotros tienes cuanto pudo negarte un convencionalismo criminal que considera anulada la falta con la extinción ó desaparición de los efectos naturales. No tengas otros amores que San Vicente de Paul, bendito fundador de esas casas de maternidad que tantos inocentes arrebatan á la muerte, la Virgen de la Paloma que ganó para tu favor nuestra promesa, y... ¡algo pá nosotros que te queremos como si talmente fueras nuestro hijo!

* * *

La maestra acarició cariñosamente al aprendiz y se retiró medio llorando á preparar los recuerdos que llevaría luego á sus difuntos. Y Manolín, al verse solo, co-



menzó á meditar seriamente sobre su situación, hasta entonces desconocida.

A punto fijo no se daba cuenta exacta de su desgracia. ¿Por ventura, se decía, hay otra clase de padres diferentes á los que hasta hoy como tales consideraba? ¿No son ellos, únicas personas que la memoria asocia á mi niñez, los que legítimamente me llaman hijo suyo? ¿Que no tengo persona alguna á quien dedicar mis sentimientos en este día; que me sacaron de la Inclusa cumpliendo sagrada promesa de tratarme como hijo verdadero; que sin ellos me vería abandonado á la casualidad y quizás despreciado de las gentes, como esos perros vagabundos á quienes se cierran todas las puertas y se procura ahuyentar á bastonazos!

Manolín apoyó fuertemente los codos en las rodillas, descansó la cabeza en ambas manos, y quedose durante largo rato barajando todas estas ideas que sucesivamente habían puesto en grave aprieto su entendimiento, ageno al largo discurso. Fué su memoria revolviendo el empolvado archivo de la vida, desde que de ella pudo darse alguna cuenta, y no encontró sufrimientos ni privaciones cuyo recuerdo le entristeciera; la caridad de los maestros le había evitado el hambre y la miseria y las inclemencias del cielo de que otros niños son víctimas en su vida callejera.

Pero apenas su maestra le hubo revelado la idea de los padres verdaderos, comprendía que, si no su estómago, su espíritu sonaba á hueco, que, si no sus carnes, su corazón se había acostumbrado al frío; y que sus sentimientos, no satisfechos de descansar en aquel matrimonio, parecíanle vagar por los espacios buscando base de mayor firmeza. Notó que era respeto y agradecimiento, y no cariño, lo que los maestros le inspiraban, á despecho de todos los cuidados y solicitudes de que siempre le rodearon, y entonces comenzó á darse exacta cuenta de su desgracia.

Sí; algo y mucho significaba la palabra *padres* cuando tanto la respetaban en sus atrevidas conversaciones hasta los golfos callejeros, cuyo trato frecuentaba en los ratos de asueto que le concediera el señor Viruta. Sobre todo, *madre*, debía ser cosa sacratísima. Recordó que muchas veces, por ofensas á ese ser, cuyo verdadero concepto hasta entonces desconociera, había presenciado riñas sangrientas, fieramente sostenidas por aquellos maleantes amigos, tolerantes hasta la indiferencia respecto de todas las demás cuestiones de la vida en virtud de un altruismo no igualado en generosidad y amplitud por moral alguna.

En verdad, era tristísima su

inferioridad con relación á aquella grey trashumante, desconceptuada de las gentes sensatas á pesar de la secreta simpatía que irresistiblemente gana en favor suyo todas las voluntades.

Madre es algo así como la raíz para el árbol, orgullo de la naturaleza, como el manantial para el río, como la misma carne y el mismo espíritu y el mismo corazón para el ser humano. Los pajarillos esperan piando de dolor que con la madre vuelva al nido el calor que ha de procurarles el desarrollo indispensable para su independencia, y no hay cuidado humano capaz de sustituir la solicitud materna para el avecilla prisionera; el ganado va tras la ubre que le sustenta, agradecido á su generosidad nunca en balde solicitada; todos los animales rinden culto fervoroso á ese sentimiento natural; hasta la fiera olvida su rudeza, dedicándose padres é hijos las más delicadas expresiones de cariño... ¿Qué haría cuando alguien quisiera extremar su provocación hiriéndole en aquella fibra imaginaria con ofensas que, bien mirado, en él no tendrían valor alguno? ¿Confesaría su desgracia, ó simularía una indignación semejante á la de los demás muchachos que realmente podían ofenderse? ¡Triste vivir, desligado en absoluto de todo vínculo humano, ignorante de su procedencia, como aluvión olvidado de las revoluciones geológicas que conformaron definitivamente el planeta!

Manolín no pudo resistir más tiempo el tormento de la imaginación ensañada en revolver y aquilatar el concepto de su abandono, y rompió á llorar en tanto que la reflexión reaccionaba lógicamente sobre el pesimismo de sus primeras impresiones.

¡Qué culpa tengo yo!...—rugió por fin, irguiéndose repentinamente y enjugando sus últimas lágrimas — ¡qué culpa tengo yo del abandono de unos padres criminales!

Puedo ser fruto del mal, pero no causa obligada al remordimiento. Si vine al mundo como hijo del pecado, puedo, al fin, con mis obras, inspirar la virtud de otros mejores. Y en último extremo ¡qué remedio! tiene razón la seña maestra; hoy por hoy soy el más feliz de los mortales: cuando todos lloran, puedo reír con desembarazo; cuando todos rezan, divertirme sin faltar á deber alguno, mientras visitan los cementerios, bailar y saltar sin que la conciencia recrimine mi exótica alegría... Sí, sí; á reír, á saltar, á correr, á jugar... puesto que no tengo almas porque pedir á Dios, ni tumbas que cubrir de flores...

Y, esforzándose por sostener su nerviosa alegría, abandonó precipitadamente el taller en busca de los camaradas que en la cabecera del Rastro y alrededores conciertan las clásicas



partidas de *inglés* y de *cané*, amén de las exploraciones por las rondas adyacentes y las pedreas donde renovar los laureles del popular distrito madrileño.

Al salir vació en los bolsillos cuantos ahorros le guardaban para estímulo de su amor al trabajo, deseoso de convertir el día de difuntos en verdadero día de fiesta, fiesta de los abandonados, protesta inconsciente contra una sociedad desnaturalizada en que la madre subsiste al voluntario despojo del fruto del amor ó del vicio, igualmente adorable.

Y hecha la correspondiente invitación á los compañeros, decidió el popular concurso que el festival se celebrara en los merenderos que rompen la triste

monotonía de los alrededores del puente de Segovia.

Allí llegó la alegre caravana, decidiendo Manolín con voz de imperio, como árbitro de la reunión, que les preparasen merienda con cuanto tuvieran hecho, tajadas de bacalao, hígado en salsa, huevos duros, queso manchego y vino en abundancia: extraordinario *menu* que durante muchos días puso de moda en todo el barrio la pródiga esplendidez de aquel desconocido vástago de Osuna.

Aún más que el vino desbordose la alegría. Un organillo amenizó el solemne banquete, no faltó guitarra para acompañar á los aficionados los *tientos* y tangos obligados en toda fiesta madrileña, bailaron hasta rendir bien las piernas connaturalizadas con la fatiga, y el anochecer obligoles, muy á pesar suyo, á suspender el espectáculo por la necesidad de presentarse cada cual ante su familia; pero bien entendido que, después de cenar, volverían á reunirse en la cabecera del Rastro para renovar el caudal social con el producto de cuantas tablas consiguieran arrancar de los derribos, y concluir el día dignamente recorriendo, como es de rigor, todas las buñolerías de los típicos distritos de la Inclusa y la Latina.

Era ya noche cerrada cuando la bullanguera comitiva subía por la calle de Segovia, hacia el Viaducto, confundiendo con los grupos de familias que regresaban de los cementerios. Iban los muchachos escandalizando la calle con sus alegres risotadas y sus canciones atrevidas, aún más despreocupados que de costumbre efecto de la excitación producida por el vino, y no faltó vieja gruñona que les recomendara á las parejas de orden público.

También Manolín participaba de la excitación de sus compañeros, pero no con alegría. Ni un momento había logrado olvidar durante la fiesta las revelaciones de la maestra, y los vapores del alcohol, al subirle al cerebro,



proyectaban en su imaginación en sombras gigantescas la magnitud de su desgracia. En vano hacía extraordinarios esfuerzos mentales para acomodar su ánimo al de sus camaradas; hasta en su cantar revelaba la verdadera situación de su espíritu, ageno á toda sincera alegría.

Cantaba, sí; pero con lágrimas en los ojos, y esclavo de la idea fija que atormentaba su memoria:

—Voy subiendo á carcajadas
la pendiente de la vida.
No tengo ningún recuerdo
que me haga volver la vista.

A. AGUILERA

UN CAPRICHOS

REFRÁN, adagio ó lo que sea, aquél que dijo que en cuestión de gustos *no había nada escrito* nos «descubrió» una verdad como un templo; pues en eso de los gustos solemos andar los hombres (y las mujeres) tan desorientados y desavenidos como en todas las demás cuestiones que caen fuera del radio de lo discutible ó axiomático... y siendo verdad que en la generalidad de los casos, y de las cosas, disintimos y caminamos en desacuerdo, ¿qué tiene de extraño que en achaques de amor cada uno tenga una afición, un gusto, una rareza, un capricho?

A unos les gustan las mujeres morenas, de ojos negros, rasgados y *picantes*, á otros las rubias de ojos garzos, melancólicos y *apacibles*, á unos las robustas y esculturales, á otros las de cuerpecillo endeble, lánguido y flexible, á unos las altas, á otros las pequeñas, á unos las de quince abriles, y á otros... nos gustan todas en general: morenas, rubias, robustas, endebles, tiernas... ó aunque estén ya más duras que alón de gallo padre... Al fin y al cabo, con gustarnos unas ú otras, demostramos nuestra natural inclinación al bello sexo, y las adorables mujeres tan contentas y satisfechas de nuestra exquisita «galantería».

Lo que no es gusto vulgar ni corriente, ni gusto siquiera, es el enamorarse de lo que se enamoró Plácido, un muchacho joven, todo un real mozo, y que no era tonto ni loco; pero que, por las trazas, dudo haya nadie que á caprichero le gane.

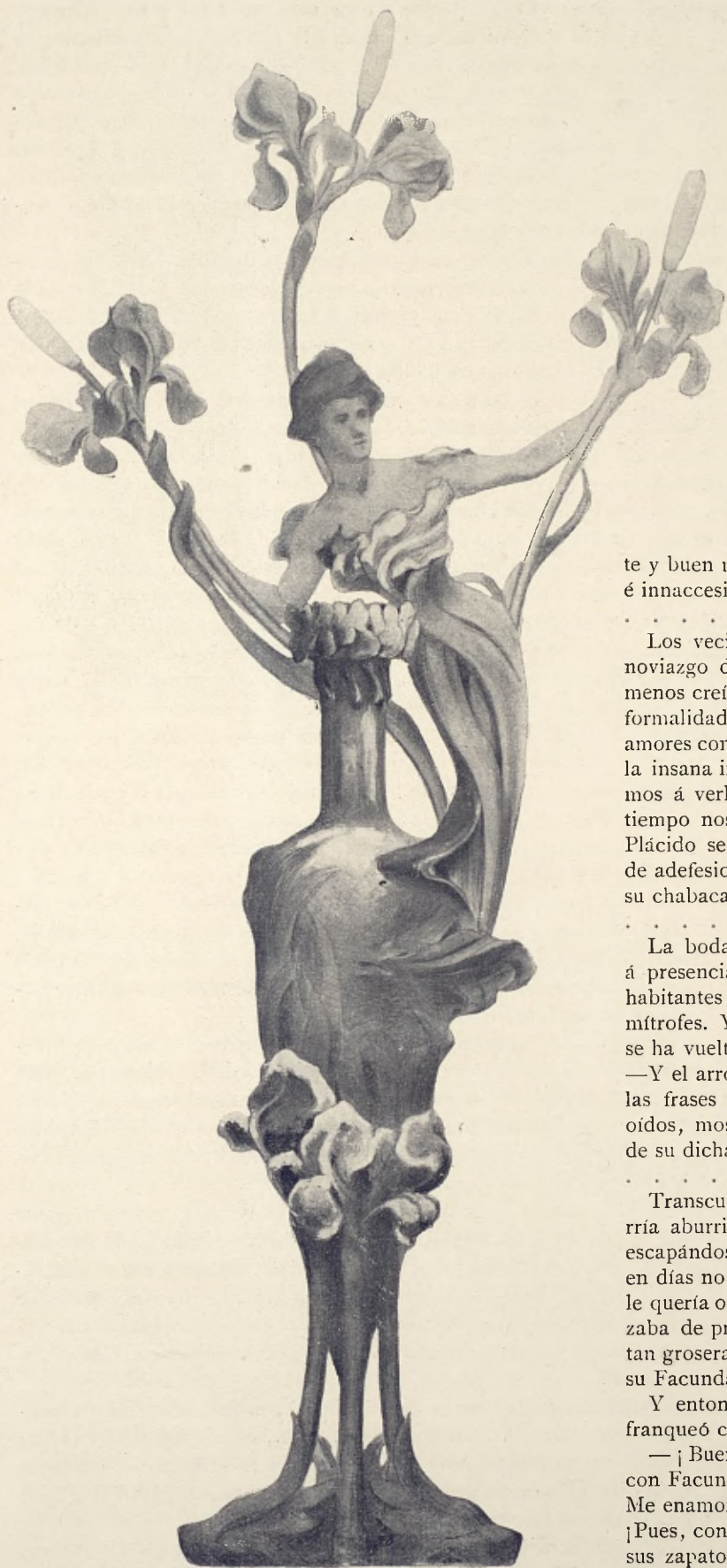
Era Plácido, como ya dejó indicado, un chico joven, guapo, apuesto, y por añadidura trabajador y formalote. Novias suyas, lo habían sido la mayoría de las muchachas de su pueblo y no pocas de los comarcanos; mas él, fuese por ser refractario al matrimonio ó porque no encontró en sus múltiples amantes encantos y atractivos suficientes, á los treinta años de edad continuaba en estado de soltería y sin ánimo, según él decía, de abandonar el celibato.

Pero el hombre propone... y la mujer ó las mujeres disponen, y sucedió que llegó al pueblo donde el buen Plácido estaba avccindado, una moza, de nombre Facunda, que además de vieja, jorobada, patizamba y tuerta, era descaradota y mal hablada.

La llegada de dicha *beldad* al pueblo de X... llenó de regocijo á todos los vecinos, sobre todo á la gente de buen humor, pues desde aquel día fué Facunda el hazmerreir de chicos y grandes, y su presencia en el bañe, en la plaza, en la fuente ó en cualquier paraje público motivo de júbilo y algazara, porque la infeliz, no solo movía á risa con su empecatada figura, grotescos ademanes y suelta y deslavada lengua, sino que iba envuelta en una indumentaria tan extravagante y grotesca, que parecía vestida por sus enemigos. Sin embargo, en lo que ella cifraba su orgullo, en lo que presumía ser la primera y única, era en el calzado: gastaba unos zapatitos madrileños de tacón alto,—regalo de una prima suya, que servía de cocinera á unos señorones muy encopetados de la Corte,—que causaban la admiración de todas las muchachas de X... y que á la sin par Facunda la valieron el apodo de «la Tacones». Apodo y zapatos que ella llevaba con singular contento y donaire, pues cuando los chiquillos ó las muchachas sus compañeras la decían:



VICTOR MASRIERA OTOÑO



VICTOR MASRIERA

PRIMAVERA

—Taconea, taconea, Facunda, que taconeando disimulas...,—solía ella contestar en tono no exento de femenil vanidad:

—Taconeo porque puedo y porque para taconear me ha dado Dios gracia y salero;... y que se rían las mocitas de X..., que se rían, que los tacones de mis zapatos han de hacer morderse los labios de rabia á más de cuatro que presumen de guapas y emperegiladas.

Y ocurrió que un domingo, al terminar el baile, se produjo una zalagarda más que regular por haberse propasado en sus chanzas y burlas á «la Tacones» algunos mozalbetes poco discretos y sobradamente libertinos, á los cuales reprendió severamente Plácido, quien acompañó á la desocada «doncella» hasta su casa... y á partir de aquel domingo, Plácido fué fiel y constante acompañante de Facunda y, andando el tiempo, el campechano, formalote y buen mozo se hizo novio de la más fea, horrorosa é inaccesible de las mujeres.

Los vecinos de X... no acertaban á explicarse el noviazgo de la desigual pareja. El que más y el que menos creíamos que Plácido, á pesar de su reconocida formalidad, había tenido la humorada de enredarse de amores con «la Tacones» por mero pasatiempo y con la insana intención de burlarse de ella; pero empezamos á verle «perdidamente enamorado» y al poco tiempo nos sorprendió la estupenda noticia de que Plácido se casaba... y se casaba con aquel prototipo de adesios que, para mayor ignominia y escarnio de su chabacana figura, se llamaba Facunda.

La boda se celebró con gran rumbo y regocijo, y á presenciar la ceremonia concurrieron en masa los habitantes del villorrio y no pocos de los pueblos limítrofes. Y todo el mundo se preguntaba:—¿Pero se ha vuelto loco Plácido?, ¿le habrán embrujado?... —Y el arrogante mancebo, sin importarle un comino las frases irónicas y burlonas que sonaban en sus oídos, mostrábase satisfecho, contento, feliz, ufano de su dicha...

Transcurrió algún tiempo, y el pobre Plácido discurría aburrido y triste por las solitarias calles de X... escapándosele los ojos tras las lindas muchachas que en días no lejanos había despreciado. Y á todo el que le quería oír confesaba ingénuamente, que se avergonzaba de presentarse en público al lado de una mujer tan grosera, deslenguada y superlativamente fea como su Facunda...

Y entonces fué cuando, acosado á preguntas, se franqueó con varios amigos, y nos dijo *en reserva*:

—¡Bueno... no se lo digáis á nadie!: el casarme con Facunda, fué un capricho como otro cualquiera... Me enamoré... me enamoré... no os riáis de mí, ¿éh?... ¡Pues, con franqueza, me enamoré de los tacones de sus zapatos!

DESIDERIO MARCOS

POR ESOS TEATROS

Los «sociétaires» de la Comedia francesa Mlle. Bartet y M. Le Bargy en el Principal.—Una obra de Alfredo de Musset y una de Lavedan.—«Los sinvergüenzas» de Augier, por la compañía Tubau.—«Amanti» de Donnay, por Bianca Iggius.

A la lista de los actores eminentes que nos han visitado, debemos añadir dos nombres: los de Mlle. Bartet y M. Le Bargy, distinguidos artistas *sociétaires* de la *Comédie française*. La visita que con su compañía acaban de hacernos ha sido excesivamente corta. Por eso no hemos tenido tiempo más que para probar su arte exquisito sin llegar á saborearlo. ¡Son tan poquita cosa dos representaciones para hacerse cargo completo de la personalidad de dos artistas de semejante talla!

Sin embargo vale más algo que nada y, si bien no hemos tenido ocasión de saciarnos, hemos calmado más ó menos la curiosidad que teníamos de apreciar directamente el mérito de tan renombrados actores, no conocidos en Barcelona más que por los elogios de la prensa parisien, elogios ratificados por aquellos de nuestros paisanos que habían tenido ocasión de ver á los artistas de la Comedia francesa en su propia casa.

En la primera de las funciones que dieron en nuestro Principal, pusieron en escena Mlle. Bartet y M. Le Bargy con su compañía el lindo proverbio en tres actos, del gran Alfredo de Musset «On ne badine pas avec l'amour.»



ARTISTAS DE «GÉNERO CHICO»

El carácter de la obra, más apreciable por el dulce sentimiento poético que exhala que por las situaciones dramáticas que contiene, no nos pareció al verla anunciada muy apropiado para que pudiesen lucir representándola sus facultades dos artistas de altos vuelos. Más que á la fuerza y vigor de las situaciones, debían fiar su éxito los intérpretes en el discreto, en la delicadeza, en el primor que campean en cada uno de los tres actos de que se compone la producción.

A pesar de lo cual el éxito de Mlle. Bartet y M. Le Bargy fué verdaderamente avasallador. Y es que, para artistas de sus vuelos, lo mismo tiene representar la alta tragedia con sus grandilocuentes tiradas de alejandrinos, que la comedia lisa y llana.

El asunto de «On ne badine pas avec l'amour» es por demás sencillo. Después de una ausencia de algunos años, llega el joven *Perdican* al pueblo donde tiene su familia y donde debe casar con su prima *Camille*, joven recién salida del convento. A causa de ciertos puntillos sin importancia, el joven, para confundir á su prima, miente amor á una hermana de leche de ésta, la cual, al descubrir el engaño de que ha sido víctima, atenta contra la propia existencia, acabando con ella y con las ilusiones de *Camille*, la cual decide volver al convento de donde saliera.

Asunto tan gastado y hasta cierto punto trivial, sirvió de base á Alfredo de Musset para crear una obra deliciosa... como si dijésemos una poesía en tres actos, á pesar de no estar ninguna de las escenas escrita en verso. Sin

embargo, la prosa que hablan los personajes creados por el poeta de las «Noches» es una prosa atildada, limpia, armoniosa, altamente poética.

Comprendiéndolo así Mlle. Bartet, procuró dar á su papel de *Camille* toda la delicadeza, todo el sentimiento de que es capaz una actriz. Sin apelar jamás á los recursos de éxito seguro, sin rebasar nunca los límites de una sencillez atractiva, supo cautivar por completo al auditorio, como lo cautivó M. Le Bargy en su papel de *Perdican*, que dijo con una intención intensísima y accionó con nerviosidad propia del personaje y de las situaciones en que interviene.

Con todo, el talento de M. Le Bargy no tuvimos ocasión de apreciarlo por completo hasta la segunda y última de las representaciones que nos ofreció la compañía. El papel de protagonista de la obra de Lavedan «Le Marquis de Priola» encajaba mejor con las facultades del actor, más apropiado para la interpretación de las situaciones violentas que para las delicadas.

El personaje presentado por Lavedan en su obra, es una variante del D. Juan. Es, por decirlo así, un D. Juan moderno, ávido de aventuras galantes, egoísta hasta lo inconcebible, sensual hasta lo insaciable, que se goza no solamente en el bien propio, sino en el daño que este bien produce en los demás. Por eso, cuando ha hecho una víctima, su mayor placer es abandonarla, para regocijarse con su desesperación.

Naturalmente, la vida de libertinaje del marqués le lleva á un resultado desastroso. Un ataque de hemiplegía, consecuencia natural de sus desvaríos, concluyen con él, que no muere abandonado gracias á la intervención de un su hijo natural bastante bueno para encargarse de él hasta su muerte.

El temperamento fogoso y enérgico de M. Le Bargy y sus maneras y costumbres de hombre de mundo, encuentran en «el marqués de Priola» un elemento en que desenvolverse por completo. De ahí que el actor triunfase completamente del público, llenando con su figura



ARTISTAS DE « GÉNERO CHICO »

el escenario y constituyendo por sí solo el principal interés de la representación. Con lo cual no intento aminorar en un ápice los méritos de los demás artistas y especialmente los de Mlle. Bartet, quien, á pesar de no tener en la obra más que un papel secundario, rayó en él á tanta altura que cautivó por completo al auditorio.

Éste, compuesto de las principales familias barcelonesas y algunas de la colonia francesa, aplaudió estrepitosamente la labor de todos los artistas de la compañía y especialmente de las dos partes principales, á las que secundó con mucho acierto la joven é inteligente actriz Mlle. Ninove, ya conocida de nuestro público por haber actuado recientemente en el mismo teatro, formando parte de la compañía dirigida por M. Vast.

En los demás teatros ha habido durante la quincena pocas novedades dignas de mención.

María Tubau, en el mismo Principal, nos ha dado un arreglo de una obra de Augier titulado « Los sinvergüenzas », que obtuvo un éxito medianejo.

En cambio lo obtuvo entusiasta la comedia « Amanti », original de Donnay y puesta en escena por Bianca Iggius con motivo de su beneficio. El teatro Granvía vióse en la noche del estreno lleno de bote en bote, recibiendo la hermosa actriz italiana ruidosas ovaciones del público, compuesto en su mayor parte de los admiradores que ha sabido conquistarse con su arte y con su belleza.

Con haber sido muchas, además de « Amanti », las obras estrenadas por la bella artista, no han tenido en general más importancia que la que las daba la interpretación de los artistas que forman la compañía y que malogran sus facultades empleándolas en la interpretación de producciones de muy escaso valor literario y de un género asaz picaresco y resbaladizo.

UN ESPECTADOR

A NUESTROS LECTORES

Creemos un deber ineludible participar á nuestros lectores y abonados que *Hispania* desde el próximo 1.º de Enero de 1903 pasará á ser propiedad del eminente artista don Alejo Clapés, cuyo sólo nombre es garantía del éxito y vida futura de nuestra publicación.

Hispania ha contraído con el público, que con tanto aliento ha favorecido nuestros desinteresados impulsos en pro del arte y cultura genuinamente española, un compromiso y deuda muy solemnes, de no cejar en mantener el nivel artístico y literario hoy universalmente reconocidos. *Hispania* ha sido objeto de nuestra preferente solicitud y más nos place mostrar la colección completa de sus números que acudir á vanos encomios en loor de la tarea que voluntariamente nos impusimos.

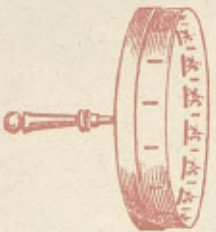
Otras atenciones, también de índole artística, reclaman hoy nuestro concurso y hacen que en bien del público, traspasemos la propiedad y dirección artística desde la fecha indicada al señor Clapés, cuya relevante personalidad y vigorosa potencia en el terreno del arte imprimirán á *Hispania* aquella importancia é interés á que hubiésemos también contribuido nosotros al continuar al frente de nuestra Revista.

Al despedirnos del público desde el año próximo, cúmpenos ante todo agradecer el valioso apoyo de todas las entidades, corporaciones, prensa y suscriptores que nos alentaron en nuestra empresa, merced á las cuales pudimos llegar á donde ha llegado nuestra revista. Dígnense los mismos en adelante favorecer con igual entusiasmo á la nueva empresa editorial de *Hispania*, de la cual seremos nosotros los primeros entusiastas colaboradores.

H. M.



ARTISTAS DE « GÉNERO CHICO »



ANIMATÓGRAFO FAMILIAR



Ingenioso juguete que permite estudiar el movimiento de las personas y de los animales.

Los adultos admirarán en él una nueva aplicación de la fotografía animada, á los artistas les permitirá el estudio de varios movimientos y para los niños es un juguete entretenido é instructivo.



CON DOCE COLECCIONES DE FOTOGRAFÍAS-INSTANTÁNEAS

Bailarina, Soldado, Caballo al paso, Caballo al trote, Caballo al galope, Caballo alta Escuela, Cabra Saltando, Elefante, Dromedario, Anade volando, Perro Danés al galope, Cigüeña andando.

Hállase de venta en las principales librerías y en las tiendas de juguetes al precio de

PRIMERA SERIE

Cuatro pesetas.

Se remite por correo certificado contra el recibo de 4'75 pesetas en sellos ó libranzas del giro mutuo.



A los corresponsales que pidan 4 ejemplares de una vez se les mandarán francos de porte.